

dioses, te haré conocer aquella fuerza que á este tan grande y tan honrado rey, mi tío, haces. Y si tú eres aquel que mereces ser loado con razon, como la fama de tí corre, no podrás ninguna cosa destas rehusar.»

CAPITULO CXLIX.

Cómo los caballeros cruzados, con licencia del Emperador, aceptaron la batalla en la manera que Radiaro el soldan les habia escrito.

Leida la carta por Norandel, aquellos caballeros con mucho placer le dijeron que la respuesta fuese luego enviada, aceptando la batalla de uno por uno ó de diez á diez; que allí entre ellos habia tales que muy bien podrian mantener todo derecho. Pero Norandel les dijo que su parecer era que, pues ellos estaban á servicio de aquel emperador, que no debian, sin su consejo y mandado, responder ninguna cosa. Todos dijeron que él decia bien. Pues así estuvieron en la guarda de su puerta, esperando si los paganos le harian algun acometimiento, para los resistir hasta la muerte. Mas no fué así; que tan ocupados andaban en fortalecer sus reales, y en esperar el Soldan la respuesta de la carta, que no entendieron en otra cosa. Y venida la noche, cerradas las puertas, poniendo guardas encima de la cerca, se recogieron á sus aposentamientos, donde Norandel y aquellos caballeros mostraron la carta al Emperador, rogándole muy abincadamente que les diese licencia para tomar la batalla con aquel soldan, de uno por uno ó diez por diez. El Emperador, como en tan gran necesidad estuviese, no quisiera aventurar ninguno de los suyos sino allí donde excusar no se podía; porque mas falta le haria uno que á ellos diez mil. Pero tanto le rogaron, que, aunque contra su voluntad fuese, les otorgó lo que pedian, de que muy alegres fueron. Y cenando y reposando aquella noche, siendo el alba venida, todos fueron vestidos y armados, y puestos en aquella parte que por guarda les era encomendada, y acordaron de enviar un escudero con una carta en respuesta de la que les habia enviado, que así decia.

CAPITULO CL.

De la carta que los caballeros cruzados enviaron á Radiaro, soldan de Liquia.

«Los caballeros cruzados de aquella señal en que el Redentor y Salvador del mundo recibió muerte, cuyos siervos y en cuyo servicio somos, y despues dél, en el del emperador de Constantinopla; ministros deste muy alto Señor, para creer y sostener la su santa ley, y para destruir todas las otras leyes que fuera desta son, decimos á tí, Radiaro, soldan que de Liquia te llamas, cómo por una doncella que se dijo ser tuya recibimos una carta, por la cual te querellas de algunas cosas que aquel bienaventurado caballero Serpentino ha hecho, poniendo tu persona en batalla contra él, ó asimismo con otro número de caballeros en iguales partes, dejando el efecto dello á nuestra disposicion y voluntad. Y porque responder á otras cosas no haria al caso; si á tí place, pues aquel caballero no es presente ni por ahora haber se puede, aquí entre nosotros hay tales caballeros, hijos de reyes, que satisfarán á tu

demanda, así á tu sola persona como á los diez caballeros que señales; escogé lo que mas te placirá. Y el campo siendo señalado y seguro, luego entraremos en él, y allí será manifiesta la escuridad y tinieblas de tu ley, y la claridad de la nuestra.»

CAPITULO CLI.

Cómo de la una parte y de la otra fué concertado que diez por diez hubiesen de entrar en la batalla.

Este escudero llegó con la carta donde aquel soldan armado andaba, y díjole: «Los caballeros de Jesucristo te envian esta carta; responde lo que te placirá.» El Soldan tomándola, leyóla y estuvo un poco pensando, y dijo: «Escudero, di á esos que acá te enviaron que mi deseo no es sino probar mis fuerzas con aquel que ellos tienen creído que ninguna fuerza, por grande que sea, á la suya se le puede igualar; y que mas por la gran fama que por su estado, es mi voluntad deseosa de me juntar con él; teniendo por cierto que la gloria que entre vosotros ha ganado, ganándola yo dél, algo en mi loor seria acrecentado; que si por eso no fuese, otros muchos como él tengo yo en mi servicio; y pues que por el presente haber no se puede, que destos que digo, que son hijos de reyes y de altos hombres, yo daré diez dellos, con que esos caballeros hayan la batalla.» El escudero le dijo: «Soldan, yo no vine á tí sino por te dar esta carta, y por eso no te quiero responder; pero tanto te digo que si osares entrar en el campo con aquel bienaventurado caballero que agora desprecias, tú hallarás al revés todo aquello que creído y pensado tienes.» El Soldan, algo con saña, dijo: «Yo te he respondido, y no te detengas mas en mi presencia; porque conociendo tú á él, y no á mí, has respondido como hombre de poco recaudo.» El escudero se tornó á aquellos, que con mucho deseo le atendian, y contóles todo lo que pasó.

Ellos, habido su acuerdo, dijéronle: «Torna luego, y dile al Soldan que otorgamos lo que dice, y que bien creemos que, aunque no sea por nuestras honras, sino por la suya, no meterá en la batalla sino caballeros de alto lugar, como acá se los darémos, y que los mande luego armar; que nosotros prestos estamos.» El escudero tornó luego y dijo: «Soldan, aquellos caballeros otorgan lo que tú señalaste; manda armar los tuyos, que en este campo los hallarán, con tal que tú des la seguridad que en tal caso se requiere.» El Soldan le respondió: «Escudero, diles que no acostumbro yo que los míos entren en las semejantes batallas como hombres de poco valor, y que yo haré cercar mañana un gran gran campo de maderos y cadenas de hierro, donde se combatan, y que la seguridad será tan segura y tan firme como si dentro desa gran ciudad se hiciese; y que ellos estén prestos, que así lo estarán los míos. Y en lo que dicen, que les dé sus parejos, así lo haré, y tales que no pueda haber reproche ninguno.» Sabida esta respuesta por Norandel y sus compañeros, tuvieron por bien que así se hiciese, y estuvieron en la guarda de la puerta, esperando de hacer en los enemigos algun daño, si tiempo para ello aparejado se les ofreciese. Mas no fué así; porque aquel gran soldan, deseando ver algo de las

CAPITULO CLIII.

Cómo, despues que al campo salieron Tantos por tantos, el sol reparido, Infieles con fieles con grande alarido Mortales encuentros primero se dieron; Adonde, despues que envueltos se vieron, Norandel y Talanque, Imosil, Elian, Trion y Gavarte y Ambor, Listoran, Bravor y Maneli, la justa vencieron.

Esto así concertado, acostáronse en sus lechos, y siendo ya la media noche venida, levantáronse aquellos diez caballeros, y mandando llamar los capellanes del Emperador, se fueron á la capilla, donde se confesaron y comulgaron con gran devocion. Y siendo venida el alba, el Emperador y la Emperatriz, con su hija y dueñas y doncellas, les vinieron á hacer compañía; y oida por todos la misa, Norandel, tomando consigo los nueve caballeros, se fué á la infanta Leonorina, y hincadas las rodillas, le dijo: «Hermosa señora, pues que todos somos vuestros, como es el vuestro caballero, queremos que nos deis las manos para las besar, y ir á esta afrenta con vuestra gracia y amor.» La Infanta los hizo levantar, y dijo: «Mis buenos amigos, mi amor teneis vosotros enteramente, y ternéis todo el tiempo de mi vida; y así, ruego yo á nuestro Señor que vos otorgue el suyo, y vos saque deste peligro con bien y honra, porque el Emperador mi señor vos galardone los grandes servicios que le haceis; y las manos no vos las daré, antes las terné juntas hácia el cielo, rogando por vuestra salud.» Norandel, en tanto que la Infanta preguntaba si sabian algunas nuevas de su caballero, llegóse á la reina Menoresa y díjole: «Mi verdadera señora, ruégoo yo por merced que, porque tenga cierto ser de vos recibido por vuestro caballero, me deis alguna empresa que por vuestro amor lleve.» La Reina, que así como él, ó por ventura mas, presa de la amorosa fuerza estaba, no pudiendo ya disimularlo ni resistirlo, respondió: «Amigo mio, la mas preciada joya de las que vos puedo dar llevais con vos, que es mi corazon; que si lo amais, como lo habeis dicho, por sostener su vida es razon que sostengais la del vuestro, así como antes vos he dicho, y junto con él, llevad este mi anillo;» y sacándolo de su dedo, se lo dió lo mas encubierto que pudo, el cual era de muy ricas piedras guarnecido.

Quando Norandel aquellas palabras oyó, fué mas alegre que si hubiera ganado todo el mundo; y hízose tan lozano, que no veia la hora de ser en la batalla, considerando que mas por su esfuerzo y buenas mañas que por sus riquezas, que por el presente apartadas tenia, habia de ganar el amor de aquella reina tan preciada y tan hermosa. Y tomando consigo á sus compañeros, despedidos dellas, se fueron al Emperador, y armáronse de sus armas muy ricas, con las cruces que ya oistes; y cabalgando en sus caballos, que á la puerta de los palacios los tenian, se fueron á la puerta que guardaban, y el Emperador con ellos, y tantas gentes, por ver la batalla, que maravilla era. Y allí llegados, vieron andar al Soldan armado, como siempre acostumbraba hacer cuando andaba en alguna guerra, y mas de dos mil hombres que acababan de cercar un grande

proezas que de aquellos caballeros cruzados le habian dicho, mandó á los suyos que por aquel día no se desmandasen en acometer á los cristianos; y asimismo hizo saber á todos los paganos, que en la tierra y en la mar estaban, cómo tenia concertada aquella batalla; que les rogaba, porque en falta su palabra no cayese, que no hiciesen ningun movimiento. Todos los otros príncipes lo tuvieron por bien; porque, como quiera que muchos y en muy grande estado fuesen, este soldan de Liquia era uno de los mas principales, y en valentía de su persona y esfuerzo de corazon el mas de todos señalado, y mas se preciaba de tener siempre en su servicio los mas escogidos caballeros que en aquellas partes donde su gran señorío era se podrian hallar, y tales eran, que entre todos los otros como por mas escogidos los miraban.

CAPITULO CLII.

Cómo Norandel nombró los nueve caballeros que juntamente con él habian de entrar en la batalla.

Pues siendo ya el sol puesto, en que en aquella hora los de la ciudad se recogian, cerradas las puertas, fuéronse aquellos caballeros al palacio del Emperador, donde sus aposentamientos tenian, donde hallaron las mesas puestas y aparejada la cena; y siendo desarmados, sentáronse á ellas por la órden ya dicha, cenando y hablando con mucho placer y esfuerzo, y diciendo al Emperador cómo tenian la batalla ya concertada, no con el Soldan; porque con achaque de se guardar para la haber con Esplandian se les habia excusado, mas que les daba diez caballeros de alto lugar, segun él lo decia. Y asimismo le dijeron de qué modo habia señalado el campo y el plazo al otro día. El Emperador, aunque pena sintiese en poner en aventura tales diez caballeros, por no mostrar flaqueza, dijo que todo estaba muy bien ordenado, y que rogasen á Dios que ayudase á los suyos, y con esto les dijo: «Yo os digo, amigos, que en lo que sé de personas ciertas, ese Soldan es uno de los mas escogidos caballeros que en todas las partes de Oriente se halla, y así son los que con él viven, porque desto se precia él mas que de ninguna otra cosa.» Despues que la cena fué acabada, todos se retrajeron á descansar, y Norandel dijo á sus compañeros: «Buenos señores, ya veis en lo que estamos; no podemos ser en esta batalla mas de diez caballeros; si á vosotros todos placirá, yo los nombraré, y segun veo que se va comenzando, no les faltará á los que de fuera quedaren donde muestren sus grandes esfuerzos.» Todos ellos le dijeron que con lo que él hiciese serian muy contentos. «Pues, señores, dijo él, los que por agora deben entrar en esta batalla son estos: don Gavarte de Val Temeroso, Talanque y Maneli el Mesurado, Ambor de Gadel, Elian el Lozano, Bravor, el hijo del gigante Balan; Trion, primo de la reina Briolanja; Imosil de Borgoña, Listoran de la Puente de la Plata, y asimismo yo con ellos. Y los otros, rogad al muy alto Señor de todo el mundo que nos dé la victoria, y á vosotros cuando en semejante afrenta seréis puestos, y si mas su servicio se cumple con nuestras muertes, nos haya merced de nuestras ánimas.»

campo, con maderos en el suelo hincados, y trabadas á ellos gruesas cadenas, que este aparejo traía este soldan consigo, porque donde quiera que él iba, y aun en su tierra, siempre demandaba justas para él, si tal caballero se hallase; y si no, para los suyos. Los diez caballeros salieron al campo, sin que ninguno otro con ellos estuviese, y guardaron lo que el Soldan les enviara á decir; no tardó que llegaron á ellos cinco caballeros desarmados, ricamente vestidos, y dijeron: «Caballeros, el Soldan vos ruega que entreis en el campo sobre su fe, que no recibiréis engaño ni agravio, mas os guardará toda justicia; y dice que, como este oficio de las armas sea el mas excelente de todos los otros del mundo, y á quien toda su afición es vuelta, que así con todas sus fuerzas será sostenido en aquella grande alteza que merece.»

Norandel, que con mucha voluntad deseaba la batalla, porque siendo prometido del mas poderoso Señor de todo el mundo, pensaba con ella quitar la que su atribulado corazón cada momento pasaba por aquella su señora, dijo: «Caballeros, ¿aseguraisnos en vuestra fe y del Soldan, que si en el campo entramos, que cualquiera cosa que con sus caballeros nos acaezca, próspera ó adversa, nos será guardado todo derecho segun orden de caballería?—Sí, dijeron ellos con aquellas firmezas que la verdad en sí tiene.—Pues mandad que vengan los suyos, dijo Norandel; que allí nos hallarán.»

Entonces se fueron por el campo, para entrar en aquel sitio que señalado les estaba; mas cuando la gente de la ciudad así los vieron ir en tan gran peligro y con tanto esfuerzo, comenzaron de llorar, de mucha piedad que dellos habian, diciendo: «Oh caballeros, siervos de Jesucristo, él vos guarde y defienda hoy de alguna traicion que estos malos infieles podrian hacer.» A este tiempo era tanta la gente, así de un cabo como de otro, que los miraba, que no parecia sino ser allí todo el mundo ayuntado. Los diez caballeros entraron en el campo por una puerta que en él habia, y luego salieron del real aquellos con quien se habian de combatir, en muy grandes y hermosos caballos, y sus armas bien fuertes y ricas, y ellos grandes de cuerpo, cimbrando las lanzas como que las querian quebrar; que bien parecia haber en ellos gran fuerza; y entraron en el campo. El Soldan entró con ellos, y dijo á los cruzados: «Caballeros, enviad por alguno de vuestra parte, que con otro mio vos ponga donde de derecho debeis estar; que mas querria yo pasar por la muerte, que vosotros en alguna cosa fuésedes agraviados.» Norandel le dijo: «Eso á tí solo lo dejaremos, que eres caballero, y por ventura, segun tus nuevas, mejor que otro lo sabrás hacer.—Pues en mí lo dejais, dijo él, yo haré aquello que hacer debo.» Entonces puso los unos á la una parte del campo y los otros á la otra, partiéndoles el sol, y dijo á los cristianos: «Quiero que sepais la costumbre de mi tierra en las semejantes batallas, y si vos agradare, tomadla, y si no, hacerse ha lo que tenéis acostumbrado, si desto es diverso.—Dilo, dijo Norandel; que de grado lo oírmos, y aun lo seguiremos si junto con la razon fuere.—Sábete, dijo el Soldan, que en las semejantes batallas que estas, de tan-

tos por tantos, tenemos por costumbre que los caballeros justen uno á uno, porque sin impedimento de otros se muestre la excelencia de cada uno; y así los que de los caballos cayeren como los que en ellos quedaren, esperen hasta ser todas las justas acabadas, y despues hayan á pié la batalla de las espadas; porque muchas veces acaece por la pereza ó soberbia de los caballos perder los caballeros sus fuertes golpes, quedando en vacío, donde al cabo no á su culpa reciben mengua y deshonra, lo que, estando á pié, acaecer no les puede sino es por su negligencia ó poco corazón.—Cierto, dijo Norandel, esta tal costumbre es muy buena, y así la seguirán estos mis compañeros, y yo con ellos; y para la probar, yo seré el primero.» Y apartándose de los otros, enderezó su cabeza de su caballo contra los paganos. El Soldan mandó á los suyos que las justas mantuviesen á la costumbre de su tierra, que así estaba asentado, y salióse del campo. Y luego vino contra Norandel un caballero al mas correr de su caballo, y Norandel se fué para él, muy bien cubierto de su escudo, y encontráronse con las lanzas en los escudos, que ninguno faltó de su encuentro; así que, fueron quebradas; y como los caballos iban desapoderados y los caballeros con gran codicia de se hacer mal, juntáronse uno con otro tan bravamente, que el pagano fué fuera de la silla, y dió en el campo tan gran caída, que por gran rato estuvo amortecido; y el caballo de Norandel hubo una espalda quebrada, de tal manera, que no se pudo mover, y Norandel se apeó, y no curó de mas hacer contra el caballero. Luego salió á la justa Gavarte de Val Temeroso contra el otro de los contrarios, y aunque las lanzas fueron en piezas por el aire, juntáronse uno con otro los escudos y los yelmos tan fuertemente, que ambos fueron á tierra. Talanque salió luego, y encontróse con otro caballero, y quebradas las lanzas, quedaron en sus caballos, que ninguno cayó, y así lo hicieron Maneli y Amhor; mas Bravor, el hijo del gigante Balan, encontró al que con él justó, y llevólo de la silla, haciéndole rodar por el campo. Y así lo hizo uno de los paganos á Inosil de Borgoña, que tan fuertemente le encontró, que lo arancó de la silla, y dió con él en tierra una gran caída. Elian el Lozano se encontró con el otro, y perdieron las estriberas, pero ninguno cayó del caballo. Listoran de la Puente de la Plata se encontró con otro, y falleciendo de sus encuentros, quedaron en sus caballos, y desta manera le aconteció á Trion, con otro que á él vino.

Estas justas así acabadas, todos los de á caballo se hallaron puestos á pié, y cada uno se juntó con los de su parte, y poniendo sus escudos ante sí, y las espadas en sus manos, se acometieron bravamente, y con tan gran saña y esfuerzo, que espanto ponía á aquellos que los miraban. Dábanse muy fuertes y duros golpes por todas las partes que pensaban de se hacer mayor mal. Mas como todos fuesen muy diestros en aquel oficio, mas peligro y daño recibian las armas que no las carnes, porque así los recibian en los escudos y en las espadas con tanta destreza y tiento, que aunque á los que los miraban les parecia que pedazos se hacian, no era así como pensaban. Así anduvieron en su batalla,

sin que mucha diferencia de los unos á los otros de mejoría se mostrase, bien dos horas sin que ningun reposo tomasen. Pero siendo muy fatigados y cansados, tuvieron por bien de se apartar por cobrar huelgo y fuerza. Mas Norandel, viendo en su mano derecha aquel tan hermoso anillo que su señora, dél tan amada, le dió, dijo: «Señores, no es ya tiempo de holgar hasta que la batalla haya fin.» Y poniendo delante lo poco que del escudo le quedaba, fuése para los paganos, y salió á él aquel caballero que habia derribado, por ver si pudiera vengar lo de la justa de las lanzas, y diéronse muy grandes y terribles golpes por encima de los yelmos, que llamas de fuego hicieron salir; mas el golpe de Norandel fué tan grande, que le desapoderó de toda su fuerza, y hizole caer la espada de la mano, y no se pudiendo tener en los piés, cayó en el suelo. Y como esto vieron Talanque y Maneli, apretaron tan recio con aquellos que se combatian, y con tan duros y fuertes golpes, que los traian á su voluntad como desatinados. Bravor habia derribado el suyo, y los otros andaban revueltos con los suyos, á muy grandes golpes que les daban y recibian; mas como Norandel y Bravor acudieron en su ayuda, en poco tiempo los pararon de tal manera, que ya no habia en ellos sino la cruel muerte, y perdian el campo sin se poder valer. Y como esto vido el Soldan, llegóse por defuera del campo allí donde se combatian, y dijo: «Caballeros, oidme un poco, si vos pluguiere.» Norandel se detuvo, y apartó los de su parte, y dijo: «Soldan, ¿qué es lo que quierdes?—Lo que quiero, dijo él, que si á tí place y á tus compañeros que esta batalla se parta, teniendo yo á los míos por vencidos, habré dello placer; porque lo demás de aquí adelante, mas sería cruera que ganar honra; y si desto os agraviais, cúmplase vuestra voluntad.» Norandel dijo: «Si ellos se otorgan por vencidos, ó tú por ellos, que los mandar puedes, quitarse ha la batalla, porque nosotros no acostumbramos á poner armas en cosa que defender no se pueda.—Yo lo otorgo así, dijo el Soldan, y cierto, yo estoy muy contento de la discrecion de vosotros, tanto como de la valentía, aunque es tan sobrada, que mucho tiempo há que ninguno vi que en mas tuviese.»

Entonces, metiendo sus espadas en las vainas, cabalgaron muy ligeramente en sus caballos, y salidos del campo, se fueron á la ciudad, donde el Emperador los estaba aguardando, que muy bien habia visto la batalla y vencimiento della, mas no pudo oír las razones que habian pasado, hasta que los caballeros se lo contaron todo. El Emperador hubo mucho placer, loando mucho lo que los caballeros habian hecho, en dejar aquellos con quien se combatieron con tal vencimiento, y con partido tan honroso para sus honras, y dió muchas gracias á Dios, creyendo que, pues en aquellas dos afrontas tan bien andantes fueron, que así lo serian en lo porvenir; y llevándolos consigo, mandando poner grande guarda en la puerta, se fué con ellos á sus palacios, donde los hizo desarmar y curar dealgunas pequeñas heridas que traian. El Soldan y todos los suyos, y los otros que allí vinieron por ver la batalla, quedaron muy corridos en ver así vencidos y maltratados aquellos caballeros que por tan preciados entre

todos ellos eran tenidos. Y luego envió sus mensajeros á los otros grandes emperadores y reyes, diciéndoles que les parecia que sin mas tardar se debria aparejar el combate, porque muy dificultoso seria poderse sostener tantas gentes en ajena tierra. Oído esto del gran Soldan por aquellos grandes señores, luego mandaron sacar de las naves muy muchas y grandes lombardas y otros tiros y aparejos de muchas suertes para el combate, y asimesmo pusieron en tierra mas de mil elefantes de grandeza increible, con sus castillos encima dellos, en que la gente fuese, y otros muy muchos y extraños pertrechos que para lo semejante habian mandado de sus tierras traer, y asimesmo hicieron pregonar por todos sus reales y por las flotas que dentro de cuatro dias estuviesen todos aparejados con todas sus armas para combatir la ciudad.

CAPITULO CLIV.

Cómo el primer combate se dió
Por mar y por tierra á la noble ciudad,
Con nuevos pertrechos de gran crueldad,
El mas espantoso que nunca se vió;
Y aunque la liza mucho turó,
Aquellos cruzados que allí se veían,
Dando las manos á mas que debían,
La grande ciudad segura quedó.

El Emperador, que oyó los pregones en las flotas y en los reales que para el combate se daban, y como los paganos se aparejaban con muchos pertrechos, quiso él para la defensa dellos con gran diligencia poner el remedio. Y luego mandó repartir por estancias la cerca, y proveerla de muchos tiros de pólvora y muy gruesos, y de ballesteros y arqueros y otras gentes bien armados. Y asimismo mandó poner mucha leña cabe la cerca dentro de la ciudad, y muchas calderas, las mayores que hallar se pudieron, y mucho aceite y salitre y pez, y hombres que tuviesen cargo, siendo tiempo, de lo escalentar y hacerlo hervir, y otros que lo subiesen á la cerca y lo echasen sobre los que combatiesen. Y á las puertas Aguilena y del Dragon y del Pozo, que estuviesen los caballeros que las guardaban, rogándoles mucho que no tuviese sobre ellos mayor poder el esfuerzo que la razon; que viendo gran fortuna no les era mengua cerrarlas, antes mayor les vernia si por ellas la ciudad en peligro puesta fuese. Así hizo proveer en todas las otras cosas necesarias; y él, con diez mil de caballo, quiso ser sobresaliente por socorrer allí donde mayor flaqueza hallase.

Así pasaron aquellos cuatro dias, sin que entre ellos ninguna cosa de contienda pasase. Mas al quinto dia, los que habian cercado por la tierra de gran mañana fueron armados, y con sus capitanes salidos de las estancias, puestos en disposicion de combatir con aquellos aparejos que les daban. Asimesmo sacaron contra la ciudad los mil elefantes con sus castillos muy altos, donde muchos hombres armados iban, que parecia la mas hermosa cosa del mundo; y con ellos llevaban muchos castillos de madera, tan altos, que con la cerca igualaban, en que iban ballesteros y arqueros, que de aquel ejercicio muy diestros eran, y otras muchas cosas necesarias al combate. Que como aquellos paganos fuesen tan grandes príncipes, y con su grandeza grandes co-

sas les eran sujetas, no de las por venir, que verdaderas son, así de gloria como de pena, mas de las temporales, que como sueño pasan, no tenían otro cuidado sino mandar á los suyos que por la mar y por la tierra llevasen aquello y todo lo otro, que á ellos, estando holgando en gran reposo de sus vicios y deleites, con razon ó sin ella, se les antojaba.

Pues la gente de las flotas no estaban menos ocupados; que no entendían sino en aderezar sus velas y remos con tales personas que por costumbre lo tenían, para que con la priesa que pudiesen combatesen á la otra parte de la ciudad, donde la mar llegaba. Llevaban consigo muy gran ballestería y arcos muy fuertes de cuerno, y tales hombres con ellos, que de su tierna edad los habían usado, y muchos garfios de hierro en astas de madera muy largos, para trábar con ellos á los contrarios y traerlos á sí, ó dar con ellos en lo hondo de la mar. Otras muchas cosas tenían convenientes á aquel oficio, que muy largas serían de contar. Pues esto así aparejado así por los unos como por los otros, los capitanes de los paganos mandaron á aquella gente que dello cargo tenían, que moviesen los elefantes, y asimismo los castillos de madera, y que no parasen hasta los poner juntos con la cerca, despues que las cavas igualadas fuesen, y asimismo mandaron á muy grandes compañías de caballeros que acometiesen muy fuertemente á aquellos que las puertas de la ciudad guardaban, y con todas sus fuerzas peleasen hasta la muerte, porque si ser pudiese, entrasen con ellos á la vuelta en la ciudad, y la otra gente de pié, que con muy mucha leña y mucha tierra cegasen todas las cavas. Y el soldan de Liquia y el soldan de Halapa andaban con hasta cien mil caballeros para socorrer á los suyos. La gente comenzó á arrancar en esta ordenanza que vos decimos, con tan grandes voces y alaridos, tantas trompas y instrumentos, que parecía que hacían temblar la tierra. Los elefantes y los castillos llegaron al borde de la cava, y como los castillos eran muy altos, y en ellos iban muchos ballesteros y arqueros, comenzaron á tirar á los de la cerca, que en igual altura dellos estaban, y los de la cerca á ellos, con tanto número de saetas y flechas, que la claridad del sol ocupaban; de manera que entre ellos hubo muchos muertos y heridos; y los caballeros hicieron una grande arremetida contra aquellos que las puertas guardaban; pero aunque su acometimiento con muy gran denuedo fué, no hallaron á los cruzados y á los que con ellos estaban con flaqueza; antes saliendo, á los primeros derribaron, y mataron de los encuentros de las lanzas muchos dellos, y poniendo mano á sus espadas, comenzaron á herir tan bravamente, que por maravilla les quedaba ninguno de cuantos alcanzaban encima de la silla de caballo; así que, en muy poco espacio de tiempo cubrieron de muertos el campo. Y como quiera que ellos de muy muchos golpes, así de lanzas como de cuchillos, fuesen atormentados, las fuerzas de sus armas, que todos los cubrían, no dejaban que las carnes sintiesen; lo que á los paganos no acaecía, porque todos los mas dellos andaban desarmados, sino solamente un escudo de madera y una lanza, y cuando mas traían era capellina de hierro ó de cuero. Los cristianos no osaban desamparar las puertas de

la ciudad por las no perder, y por sola esta causa se recogían para ellos. Los paganos llegaban luego sobre ellos, con esperanza que, poniéndoles espanto con su muchedumbre de gentes y con las grandes voces que daban, no les podrían resistir la entrada; mas hacíanseles al revés, que tornando los cristianos contra ellos, con los sus muy grandes golpes de espada los hacían apartar, quedando muchos dellos muertos y heridos. Y desde encima de las torres de las puertas les tiraban muchas saetas, de manera que hacían en ellos mucho daño.

A este tiempo la gente menuda cegaron la cava, que por ser muy muchos no les fué grave de hacer; y los elefantes y castillos llegaron sin impedimento alguno á la cerca. Allí pudiéades ver una batalla tan hermosa y tan peligrosa, que por maravilla se pudiera mirar; que los unos y los otros estaban juntos, que no parecía sino que todos eran unos. Luego fueron echadas muchas puentes desde los castillos á la cerca, y los paganos metidos por ellas por pasar á la otra parte; mas los cristianos, tomando en sí grande esfuerzo y corazon, con el miedo de la muerte, derribábanlos abajo; mas la priesa era tanta y tan grande, que, si no fuera por el aceite y salitre y pez que los de dentro de la ciudad echaron herviendo, que acertó á dar en las cabezas de los elefantes, que los hacía revolver de la una parte á la otra, dando muy grandes bramidos, el negocio estaba en muy gran peligro; mas aquello lo desconcertó de tal manera, que no les podían hacer pasar adelante, antes muchos dellos, con la rabia del fuego, basquearon tanto, que derribaron los castillos que encima de sí tenían, cayendo asimismo ellos trastornados en el suelo. Cuando esta buena ventura fué por los cristianos vista, acometieron muy reciamente á los otros que quedaban, y con grandes palancas de hierro les quebrantaron las puentes de madera; que ya el combate era casi apartado. Los caballeros que estaban á la defensa de la puerta peleaban muy bravamente, matando muchos de los contrarios. Como los dos soldanes anduviesen requiriendo, y vieses el grandísimo esfuerzo de los cristianos, tomaron cada cincuenta mil hombres de caballo, y dieron sobre ellos con tan grande estruendo y gritos, que les fué forzado de se recoger á la ciudad y con mucha priesa cerrar las puertas, á las cuales luego pusieron fuego, si el grande aparejo que encima de las torres estaba no se lo defendiera con grandes y muchas piedras y saetas y tiros de pólvora. Mas contentáronse los paganos en los haber así encerrado por las puertas adentro, teniéndolos ya como por vencidos.

CAPITULO CLV.

De la cruel batalla que el conde Frandalo pasó con los turcos que por la mar y la ciudad combatían, y cómo al fin, viniendo la noche, á la ciudad se recogieron.

Los que por la mar combatían desde las flotas á la otra parte de la ciudad tan gran denuedo pusieron, y con tantos tiros de lombardas y ballesteros y arqueros, que, por mucho que los de la ciudad los resistieron, y mataron y hirieron tantos, que así en el agua como en la tierra estaban á montones, no bastó su defensa á que no tomasen tierra. Mas luego acudieron allí

el conde Frandalo y sus compañeros, que su estancia era muy vecina á la mar, y revolviéndose con ellos, pasaron una batalla muy cruel y peligrosa, en que hubo muchos muertos. Pero sabiendo el Conde cómo los de las otras estancias eran por fuerza recogidos, y cerradas las puertas de la ciudad, convínole lo mas sin daño que él pudo de hacer otro tanto. Así que, por todas partes fué la ciudad cercada en derredor por la tierra con tan grande número de gentes, puesta en tan grande aprieto y tan sin esperanza de haber ningun socorro, que todos tenían creído que de la muerte ó ser captivos no podrían escapar, porque ya vian los suyos desmayados y heridos, y los contrarios con grande esfuerzo, amenazándolos con crueles muertes, con crudas prisiones, con aquella soberbia, con aquella gloria como si ya en su poder los tuviesen. Y el Emperador, como quiera que mucho esfuerzo mostrase, dando á todos esperanza de salud, su corazon muy afligido y quebrantado era, teniendo siempre en la memoria aquella profecía que ya oistes, viendo claramente cómo en efecto della se iba cumpliendo. Así se partieron aquellos combates de aquel primer día, porque la noche les vino, poniendo los paganos mucho recaudo de nueva gente, para en guarda de sus castillos y de los elefantes que habían quedado, y para no perder ninguna cosa del sitio del campo que habían gauado, teniendo esperanza que otro día llegarían sin peligro al pié de la cerca, y la romperían con sus artificios por tantas partes, que muy de ligero podrían entrar, y despachar aquello que habían comenzado.

CAPITULO CLVI.

Cómo despues que mandó dejar
Las puertas en guarda de fuertes guerreros,
El Emperador y sus caballeros
Al grande palacio van reposar;
Y como las armas les hacen quitar
Aquellos señoras que tanto querían,
Tintos de sangre, según que venían,
Con mucho placer se van á cenar.

El Emperador, que andaba requiriendo á todos, como la noche vino, dejó de su gente en la guarda de las puertas y en la cerca, y tomando consigo aquellos caballeros, se fué á su palacio porque descansasen y fuesen remediados de sus heridas. Y entrando con ellos en la sala, halló que lo aguardaba la Emperatriz y su hija, con sus dueñas y doncellas, que desde que el combate se comenzó nunca de su capilla se quitaron, las rodillas hincadas en tierra, rogando á Dios con muchas lágrimas que hubiese merced de los suyos. Así fueron los caballeros por ellas desarmados; mas las espadas, que eran todas teñidas de sangre hasta los puños, siendo cuajada en las hinchadas manos, nunca dellas las pudieron despegar sino con agua caliente. Quitado los yelmos de las cabezas, parecieron sus rostros hinchados, mancillados de aquellos grandes golpes que les habían dado, que no por feos eran juzgados, mas por tan hermosos como las piedras preciosas, considerando con qué esfuerzo, con qué valentía, y con cuán grande afrenta, y tan peligrosa de sus vidas, los habían recibido. Y luego les fué dado de cenar, hablando el Emperador con ellos, riyendo de lo que habían pasa-

do, loando sus grandes cosas, y ellos diciéndole el gran placer que hubieron de ver cómo los elefantes bramaban, y se revolvan con el aceite que ardiendo sobre ellos daba; y cómo al trastornar de los castillos caían los paganos, las piernas hácia arriba y las cabezas abajo, unos sobre otros, que en medio de su gran afrenta, no pudieron excusar la risa. En esto que ois y en otras muchas cosas pasaron la cena hasta que se fueron á descansar, que bien les era menester.

CAPITULO CLVII.

Del espantoso y no pensado socorro con que la reina Calaña en favor de los turcos al puerto de Constantinopla llegó.

Quiero agora que sepáis una cosa la mas extraña que nunca por escriptura ni por memoria de gente en ningun caso hallar se pudo, por donde el día siguiente fué la ciudad en punto de ser perdida, y cómo de allí donde le vino el peligro, le vino la salud. Sabed que á la diestra mano de las Indias hubo una isla, llamada California, muy llegada á la parte del Paraiso Terrenal, la cual fué poblada de mujeres negras, sin que algun varon entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Estas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas; la insula en sí la mas fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se hallaba; las sus armas eran todas de oro, y tambien las guarniciones de las bestias fieras, en que, despues de las haber amansado, cabalgaban; que en toda la isla no había otro metal alguno. Moraban en cuevas muy bien labradas; tenían navíos muchos, en que salían á otras partes á hacer sus cabalgadas, y los hombres que prendían llevábanlos consigo, dándoles las muertes que adelante oiréis. Y algunas veces que tenían paces con sus contrarios, mezclábanse con toda seguridad unas con otros, y habían ayuntamientos carnales, de donde se seguía quedar muchas dellas preñadas, y si parían hembra, guardábanla, y si parían varon, luego era muerto. La causa dello, según se sabia, era porque en sus pensamientos tenían firme de apocar los varones en tan pequeño número, que sin trabajo los pudiesen señorear, con todas sus tierras, y guardar aquellos que entendiesen que cumplía para que la generacion no pereciese.

En esta isla, California llamada, había muchos grifos, por la grande aspereza de la tierra y por las infinitas salvajinas que en ella habitaban, los cuales en ninguna parte del mundo eran hallados; y en el tiempo que tenían hijos, iban estas mujeres con artificios para los tomar, cubiertas todas de muy gruesos cueros, y traíanlos á sus cuevas, y allí los criaban. Y siendo ya igualados, cebábanlos en aquellos hombres y en los niños que parían, tantas veces y con tales artes, que muy bien conocían á ellas, y no les hacían ningun mal. Cualquiera varon que en la isla entrase, luego por ellos era muerto y comido; y aunque hartos estuviesen, no dejaban por eso de los tomar y alzarlos arriba, volando por el aire, y cuando se enojaban de los traer, dejábanlos caer donde luego eran muertos. Pues al tiempo que aquellos grandes hombres de los paganos partieron con aquellas tan grandes flotas como la historia vos ha ya contado, reinaba en aquella

isla California una reina muy grande de cuerpo, muy hermosa para entre ellas, en floreciente edad, deseosa en su pensamiento de acabar grandes cosas, valiente en esfuerzo y ardid de su bravo corazón, mas que otra ninguna de las que antes della aquel señorío mandaron. Y oyendo decir cómo toda la mayor parte del mundo se movía en aquel viaje contra los cristianos, no sabiendo ella qué cosa era cristianos, ni teniendo noticia de otras tierras, sino aquellas que sus vecinas estaban, deseando ver el mundo y sus diversas generaciones, pensando que con la gran fortaleza suya y de las suyas, que de todo lo que se ganase habría por fuerza ó por grado la mayor parte, habló con todas aquellas que en guerra diestras estaban, que sería bueno que, entrando en sus muy grandes flotas, siguiesen aquel viaje que aquellos grandes príncipes y altos hombres seguían; animándolas y esforzándolas, poniéndoles delante las muy grandes honras y provechos que de tal camino seguirseles podrían, sobre todo con muy grande fama que por todo el mundo dellas sería sonada, que estando así en aquella isla, haciendo no otra cosa sino lo que sus antecesores hicieron, no era sino estar como sepultadas en vida, como muertas viviendo, pasando sus días sin fama, sin gloria, como los animales brutos hacían.

Tantas cosas les dijo aquella muy esforzada reina Calafia, que no solamente movió á sus gentes á consentir en el tal camino, mas ellas, con mayor deseo que sus famas por muchas partes divulgadas fuesen, le daban priesa que entrase en la mar luego, porque se hallasen en las afrentas, juntas con aquellos tan grandes hombres. La Reina, que la voluntad de las suyas vido, sin mas dilatar, mandó bastecer su grande flota de viandas y de armas todas de oro, y de todo lo demás necesario, y mandó reparar la mayor fusta de las suyas, hecha á manera de una red de gruesa madera, y lizo en ella meter hasta quinientos grifos, que, como ya se vos dijo, desde pequeños mandó criar y cebar en los hombres; y haciendo allí meter las bestias en que cabalgaban, que de diversas maneras eran, y todas las mas escogidas mujeres y mejor armadas que tenía en la flota, dejando tal recaudo en la isla con que segura quedase, y metióse ella las otras en la mar; y dióse tanta priesa, que llegó á las flotas de los paganos aquella noche que se os dijo del combate; con que todos ellos hubieron muy gran placer, y luego fué visitada de aquellos grandes señores, haciéndole muy grande acatamiento. Ella quiso saber en qué estado estaba su hecho, rogándoles mucho que por extenso se lo contasen, y oída la relacion dello, dijo: «Vosotros habeis combatido esta ciudad con vuestras grandes gentes, y no la pudistes tomar; pues yo con las mías, si á vosotros pluguiere, quiero el día siguiente probar mis fuerzas á que bastarán, si quisierdes estar á mi consejo.» Todos aquellos grandes señores le dijeron que como por ella fuese señalado, que así lo mandarían cumplir. «Pues enviad luego á todos los otros capitanes que por ninguna manera salgan mañana ellos ni los suyos de sus estancias, hasta que por mí les sea mandado, y veréis un combate el mas extraño que hasta hoy nunca vistes, ni de que jamás oistes hablar.»

Esto fué luego hecho saber al gran soldan de Liquia y al soldan de Halapa, que tenía cargo de todas las huestes que estaban en la tierra; los cuales así lo mandaron á todas sus gentes, maravillándose mucho á qué podría acudir el pensamiento y obra de aquella reina.

CAPITULO CLVIII.

Cómo los grifos la gente que vieron
Encima la cerca volando llevaban,
Y muertos aquellos, por otros tornaban:
La mas fiera caza que hombres oyeron;
Y cómo los turcos que arriba subieron
Aquel mismo daño reciben, pensando,
Los cuales de grifos ayuda esperando,
Por grifos la muerte cruel recibieron.

Pasada aquella noche, y la mañana venida, la reina Calafia salida de la mar, armada ella y sus mujeres de aquellas armas de oro, sembradas todas de piedras muy preciosas, que en la su insula California como las piedras del campo se hallaban, segun la su gran abundancia, y puestas en las bestias fieras, guarnecidas como os dijimos, mandó abrir una puerta de la fusta donde los grifos venían. Los cuales, como el campo vieron, salieron todos con mucha priesa, mostrando gran placer en volar por el aire, y luego vieron la gran gente que por la cerca andaba. Como ellos hambrientos estuviesen y sin ningun temor, cada uno tomó el suyo en sus uñas, y subiéndose en lo alto, comenzaron á comer en ellos. Muchas saetas les tiraron, y muy grandes golpes les dieron con las lanzas y con espadas; mas su pluma era tanta y tan junta y recia, que nunca en la carne les pudieron tocar. Esta fué la mas hermosa y agradable caza para los de su parte que nunca vieron hasta entonces; y como los turcos así los vieron ir con sus enemigos volando en alto, daban tan grandes voces y alaridos de placer, que el cielo horadaban, y la mas triste y mas amargosa para los de la ciudad que nunca ver pudieron, porque vian llevar el padre al hijo, y el hijo al padre, y al hermano y al pariente; así que, los llantos eran en tanto grado, y las rabias que por ellos hacían, que era gran compasión de los ver.

Después que los grifos anduvieron un espacio de tiempo por el aire, y habiendo soltado sus presas, dellas en la mar y dellas en la tierra, toruaron como de cabo, y sin ningun temor tomaron otros tantos; de que los suyos hubieron doblado placer, y los cristianos muy mayor tristeza. ¿Qué os diré? Que fué el espanto tan grande de los de la cerca, que si no fueran algunos que se pusieron en las bóvedas de las torres por allí guarecer, de todos los otros fué desamparada, sin que ninguno en su defensa en ellas quedase. Esto visto por la reina Calafia, dijo con una voz alta á los dos soldanes que hiciesen á sus gentes subir por las escalas; que tomada era la ciudad. Entonces corrieron todos á gran priesa, y poniendo muchas escalas, subieron sobre el muro. Los grifos, que ya habían soltado los que llevaban, como así los vieron, no teniendo ningun conocimiento dellos, tomaronlos por la manera que á los cristianos habían hecho; y volando por el aire, los llevaron hasta los dejar caer donde ninguno escapó de la muerte. Aquí se trocó el placer y el pesar; que los de

fuera, habiendo gran piedad dellos, lloraban, y los de dentro, teniéndose por vencidos viendo á los enemigos andar por la cerca, tomaron en sí muy gran consuelo. A esta sazón, como los que en el adarve quedaron estuviesen espantados, esperando de morir como sus compañeros, salieron de las bóvedas los cristianos, y en poco rato mataron muchos de los turcos que por la ronda hallaron, y á los otros hicieron saltar abajo, y tornáronse á las bóvedas, porque veían venir los grifos hacía sí.

Quando aquello fué visto por la reina Calafia, fué muy triste en gran manera, y dijo: «Mis ídolos, en quien yo adoro y creo, ¿qué será esto, que así es mi venida favorable á mis enemigos como á mis amigos, teniendo yo por creído que, con la vuestra ayuda y con mis fuertes compañías y gran aparejo bastaba para su destrucción? Mas no pasará ello así.» Entonces mandó á las suyas que subiesen por las escalas, y que trabajasen por ganar las torres, matando á todos los que en ellas hallasen; que de los grifos seguras serían. Ellas, cumpliendo el mandamiento de su reina, fueron luego apeadas, poniendo ante sus pechos unas medias calaveras de pescados, que todo lo mas del cuerpo les cubrían, y eran tan recias, que ninguna arma las podía pasar, y todas las otras armas que al cuerpo se juntaban, á las piernas y brazos, eran de oro, como ya se dijo. Y fuéronse á gran paso para la cerca, y con mucha ligereza subieron por las escalas y se pusieron encima della, y comenzaron á pelear muy reciamente con los de las bóvedas. Mas ellos, como estaban en estrechas partes, y las puertas eran pequeñas, defendíanse bravamente. Pero los de la ciudad, que abajo andaban, tiraban á aquellas mujeres con saetas y dardos, y como las tomaban por los lados, y las armas de oro eran flacas, hirieron muchas dellas. Y los grifos andaban sobre ellas revolando, sin que de allí se partiesen. Como la reina Calafia esto vió, dijo á los soldanes: «Haced subir vuestras compañías; que las mías serán defensa contra estas aves mías, que no las osen acometer.» Y luego los soldanes mandaron á sus gentes que subiesen por las escalas y ganasen la cerca y torres, porque de noche todas las huestes serían con ellos, y que se ganaría la ciudad. Ellos, saliendo de sus estancias, fueron á mas andar, y subieron sobre la cerca, donde las mujeres combatían; mas cuando aquellos grifos los vieron, luego trabaron dellos tan rabiamente como si en todo aquel día no hubieran tomado ninguno; y como quiera que las mujeres los amenazaban con los cuchillos, muy poco les aprovechaba; que, por mucho que ellas en su amparo se ponían, de entre medias se los sacaban por fuerza á su pesar, y subiéndolos á lo alto, dejábanlos caer donde todos morían. El miedo y el espanto fué tan grande de los paganos, que mucho mas apresuradamente que subieron, fueron descendidos y acogidos á sus reales. La Reina, que vido aquel desbarate sin remedio, envió luego á mandar á aquellas que los grifos tenían en cargo y guarda, que los llamasen y los encerrasen en la fusta. Ellas pues, oído el mandamiento de la Reina, subieron encima de la nave, y en su lenguaje á grandes voces los llamaron; y como si fuesen humanas personas, actu-

dieron todos allí, y con obediencia se metieron en las redes.

CAPITULO CLIX.

Exhortacion que hace el autor á los cristianos, poniéndoles delante los ojos la gran obediencia que estos grifos, brutos animales, á quien los había criado mostraban.

Oh qué cosa tan de notar para los mortales, que siendo hechos por la mano de Dios y por su boca santa á su semejanza, en que su excelencia no pudo ser mas subida, dándoles seso, discrecion, ánimas inmortales, conocimiento, y señorío sobre toda cosa viva y muerta que por él en el mundo fué establecida; dándoles leyes por donde se guiasen, prometiéndoles bienaventuranza en aquella gloria celestial, amenazándolos con las infernales penas, mostrándoles ante sus ojos las muertes de sus hijos, de sus padres, de sus amigos y prójimos, alcanzando su saber que de aquella estrecha y tan triste via huir no pueden; siéndoles manifiestas las grandes vueltas de la fortuna, abajando los muy altos debajo de la tierra, alzando los bajos encima de las alturas, con otras muchas variables cosas que nuestros ojos corporales cada día miran, y nuestros muy gruesos juicios sin impedimento alguno pueden comprender. Que teniendo todo esto puesto en olvido, corremos siempre sin parar tras aquello que tanto nos daña, que tanta pena nos causa y tan poco dura, huyendo de lo razonable, abrazándonos con el querer y afición de nuestras dañadas voluntades, perdiendo de nuestras memorias aquella tan amarga y tan dolorosa pasión con tantos y tan crueles tormentos, que el nuestro muy alto Dios por nuestra redención de su voluntad y querer quiso pasar, prometiéndonos en ella descanso y reposo verdadero, habiendo en nos verdadero conocimiento, verdadera satisfacion y amargo arrepentimiento; que aunque la ley divina no lo mandase, lo manda la verdad y la virtud, á que tan obligados somos. Andamos con tanta afición, con tanta ceguedad tras lo ciego, tras aquello que debriamos aborrecer y huir como cosa encantada, ponzoñosa, que no solamente á las entrañas y venas corporales penetra, mas á las ánimas, que en toda tristeza, en toda amargura y pena sin fin nos las pone.

Pues si estas tan santas cosas dichas y tan verdaderas son huidas de nuestras memorias, siquiera quedase en ellas esta destos crueles grifos, fingida y compuesta, considerando que, siendo nacidos en lugares tan ásperos y tan fragosos y apartados como su braveza lo demanda, y de allí tomados por la industria de aquellas mujeres y traídos fuera de su natural, que aquella tal crianza tanta fuerza y vigor tuviese, que andando por el aire con tanta soberbia, con tanta crueldad envueltos en sangre, viniesen á tanta obediencia, que de su propia voluntad, por el llamamiento de aquellas mujeres, fuesen encerrados en aquella prision; y nosotros, mezquinos, nacidos de hombre y mujer razonables, criados y gobernados por la via natural, amonestados y doctrinados por los hombres santos y muy grandes maestros, corregidos y enmendados por nuestros confesores, atemorizados y apremiados por la justicia; que todo esto y otras muchas doctrinas que

se nos representan no tengan en nos tanto poder que nos hagan apartar de aquellas liviandades y locuras que tan sojuzgados nos tienen, que nos hacen caer en tantos pecados de soberbia, de codicia, de lujuria y de blasfemia, y de otras cien mil desventuras, hermanas, parientas y grandes amigas de las infernales penas. Pues, muy alto Señor, que por reparo destas cosas en el mundo veniste, envíanos la tu gracia, derrama sobre nos la tu merced, porque con ello, rompiendo y quebrantando estas tan fuertes cadenas de maldad á que ligados estamos, tú, Señor, goces de nuestro servicio, y nosotros de aquella gloria santa que para los justos y buenos tienes aparejada.

CAPITULO CLX.

*Cómo las fuerzas del pueblo tirano,
Quiriendo vengarse con sus azagayas,
Pasan las cavas, palenques y rayas,
Y rompen la tela del muro cristiano;
Y cómo Calafia, la espada en la mano,
Hace gran daño con sus amazonas,
Donde murieron muy muchas personas
De fieles, y mas del bando pagano.*

Despues que los cristianos fueron encerrados, como ya oistes, la reina Calafia dijo á los soldanes: «Pues que mi venida os ha dado enojo, querria que os diese placer. Mandad á vuestras gentes que salgan, y vamos á la ciudad contra aquellos caballeros que delante nosotros osan parecer, y hágase el combate lo mas recio que ser pueda, y yo con mis gentes tomaré la delantera para la batalla.» Los soldanes mandaron luego á los suyos, que armados estaban, que saliesen con gran denuedo, y trabajasen por subir en el adarve; que ya aquellas aves eran encerradas; y ellos, con los de caballo, hicieron espaldas á la reina Calafia; y luego la gente salió de tropel, y llegaron á la cerca, mas no tan á su salvo como pensaban, que ya de la gente del lugar estaba guarnecida; y como los paganos iban subiendo por la escala, los cristianos los derribaban, por donde muy muchos dellos fueron muertos y maltratados. Otros llegaron con sus amparos y artificios de hierro, y cavaban muy de recio en la cerca; á estos tales le fué grande estorbo y peligro el olio y lo otro que sobre ellos caia; mas no fué tanto, que les quitase que no hiciesen muchos agujeros y portillos. Mas acudiendo allí el Emperador, que siempre traia consigo los diez mil de caballo, dejó dellos tantos, que bien lo pudieron defender, hasta que, á pesar de los paganos, por la gente del lugar fué reparado con muchos maderos y piedras y tierra.

Como la Reina vidó la revuelta, fué con las suyas á gran priesa á la puerta Aguileña, que Norandel guardaba, y iba delante todas, muy bien cubierta de aquellos escudos que os dijimos que traian, y su lanza muy fuerte en la mano. Norandel, que así la vido venir, salió á ella, y encontráronse tan fuertemente, que las lanzas fueron en piezas, y ninguno dellos cayó. Entonces Norandel puso mano á su espada, y la Reina á su gran cuchillo, que el hierro tenia de ancho un gran palmo, y diéronse muy fuertes golpes. A este tiempo luego se juntaron y mezclaron los unos entre los otros, tan revueltos y con tan grandes golpes, que gran ma-

ravilla era de lo ver; y si algunas de las mujeres caian en tierra, así lo hacian de los caballeros. Y si en aquesta historia no se cuenta por extenso lo que en particular cada uno dellos hacia, mostrando su gran fuerza y esfuerzo, no lo causa sino que la multitud de la gente era tanta, y tantos venian sobre cada uno dellos, que aquel gran maestro Elisabat, que lo miraba y por escrito lo puso, no pudo determinar lo que en especial en este trance pasaba, sino algunas cosas bien raras, así como esto de la Reina y Norandel, que ambos se juntaron, como habeis oido. La priesa era tan grande, que luego hicieron partir la batalla de aquellos dos, tornando cada uno en ayuda de los suyos. Pero digoos que las cosas que aquella reina lizo en armas, así en matar caballeros y derribar los heridos, como en se meter entre sus enemigos tan denodada, que no se puede contar ni creer que ninguna mujer á tanto bastasen sus fuerzas; y como lo habia con tan preciados caballeros, nunca se partian de darle muy grandes y fuertes golpes; pero todos los mas recibia en el su muy duro y fuerte escudo.

Como Talanque y Maneli vieron lo que aquella mujer hacia, y el gran daño que los de su parte rescibian, fuéronse para ella, y tomáronla en medio, y cargáronla de tales golpes, que ya la tenian como desatinada. Y una hermana suya, que habia nombre Liota, que la guardaba, entró tan rabiosa como una leona á la socorrer, y hirió á los caballeros tan mortalmente, que á mal de su grado se la sacó de poder, y la puso entre las suyas. Pues en este medio tiempo no creais que la gente de las flotas estaba de balde, antes os digo que tantos dellos tomaron tierra, que si no fuera por la merced de Dios y por el grande esfuerzo del conde Frandalo y de sus compañeros, la ciudad se perdiera de todo en todo. Muchos muertos hubo de ambas las partes, aunque mucho mas de los paganos, que mas flacas armas traian.

Así como habeis oido anduvo aquella revuelta y cruda batalla hasta cerca de la noche, en que no quedaba ninguna de las puertas abierta, sino aquella que Norandel guardaba; que las otras, por fuerza, siendo retraidos los caballeros por ellas, les convino, á mal de su grado, cerrarlas; pero así lo fué esta otra que digo; que como aquellos dos soldanes deseasen mucho ver cómo aquellas mujeres batallaban, detuvieron sus gentes que no entrasen en la liza. Mas como vieron ir el día, dieron sobre los cristianos tan arrebataadamente, que por poco entraran todos en la ciudad; y aun así, entraron mas de cien hombres y mujeres. Y Dios, que lo guió, habiendo el Emperador dejado las otras puertas cerradas, sabiendo cómo en aquella se mantenía la batalla, acudió allí; y como los vido en tal manera, apretó con los suyos tan recio, que matando dellos, sacó á los otros fuera. Allí perdieron los paganos mucha gente que desde las torres los mataron, y murieron de las mujeres mas de docientas; mas no fué sin gran daño de los de dentro, porque de los cruzados fueron diez muertos, que puso muy gran dolor á sus compañeros; los cuales eran estos: Ledaderin de Fajarque, Trion y Imosil de Borgoña, y los dos hijos de Isanjo. Recogida toda la gente en la ciudad, como dicho es,

así los paganos se retrujeron á sus reales, y la reina Calafia á su flota, porque aun no habia tomado lugar en la tierra. Y las otras gentes entraron en sus naos, de manera que por aquel día no hubo entre ellos mas contienda. Mas ahora los dejaremos así, y contaros ha la historia cómo las flotas de los reyes cristianos se juntaron en el puerto de la insula Firme, y de allí partieron al socorro.

CAPITULO CLXI.

*Cómo por mano del alto Señor
Se juntan en puerto que Firme se llama
Tantas de fustas, que dice la fama
Armada en el mundo no hallarse mayor;
Donde moviénd con santo favor,
El rey Perion llevand la guía,
Con próspero viento de noche y de día,
Llegaron á vista del Emperador.*

La historia os ha contado cómo Enil llegó á Roma, y el grande aparejo que en el emperador Arquisil y en don Florestan, rey de Cerdeña, halló; y asimismo cómo Gandalin llegó á la Gran Bretaña, y luego, por mandado del rey Amadis, fué al rey de Sobradisa don Galaor y á don Galvánés, y se pasó al rey Perion de Gaula. Pues ahora os contaré lo que de su embajada recaudó. Sabed que, vistas por estos reyes las cartas del rey Amadis, y sabido de Gandalin en la congoja que Esplandian quedaba, y cómo aquellas tan grandes compañías de gentes estaban sobre Constantinopla, que si por desventura se perdiere, toda la cristiandad en gran peligro quedaba, acordaron de poner en ello aquel remedio que los ministros del Señor muy alto en su servicio poner deben, cumpliendo aquello que tenia prometido á la ley de la verdad. Y con gran diligencia hicieron aparejar sus flotas, fornecidas de las mas y mejores gentes que pudieron haber, y sin ninguna dilacion fueron por sus personas puestos en ellas, yéndose la vía de la insula Firme, con gran voluntad de servir á Dios y ganar perdón del, de aquellos yerros que contra él habian cometido. Pues el rey Amadis no estuvo de balde; que de los navios que del rey Lisuarte le quedaron, y de otros que á muy gran priesa mandó hacer, y otros que los reyes comarcanos le prestaron, ayuntó tan grande armada y de tanta gente, que maravilla era verlo.

Tornando el conde Gandalin de aquellas partes que os dijimos, y dicho por él cómo todos aquellos señores aderezaban para navegar, acordó antes de su partida de ver al rey Lisuarte y la reina Brisena, que en el castillo de Miraflores estaban, donde el rey Lisuarte habia puesto muy gran recaudo, porque la Reina no supiese otras nuevas sino la dolencia de Esplandian, y que habia enviado otro mensajero para que de su parte rogasen á entrambos reyes que le viesen, porque su mal le crecia tanto, que no pensaba de escapar. Y llegado allí el rey Amadis, fué del rey Lisuarte muy bien recibido, y dijole: «Señor hijo, yo os queria llamar que me viésedes para esto que oiréis. Yo he sabido de Gandalin en lo que Esplandian está puesto, en que me parece que no solamente esté peligro ó afrenta toca á aquel emperador, mas á todos aquellos que somos siervos de Jesucristo, nuestro redentor. Y como yo haya pasado por muchas cosas mundanales, y con gran afi-

cion las haya ejecutado, poniendo en olvido de las reparar con aquella penitencia, con aquellas lágrimas que para ser perdonadas se requieren, he acordado de ir en este viaje que hacer quereis, poniendo mi persona tan adelante, por servir aquel Señor á que tantos enojos he hecho, como muchas veces la puse por servicio del engañoso mundo. Y porque la Reina, si la verdad supiese, quedaria con gran sobresalto, tengo puesto el remedio, que con justa causa antes de placer que de tristeza pueda de aquí salir; y esto es, que le he hecho entender que Esplandian está doliente en la insula Firme, y que ha enviado por vos y por mí, que le veamos. Así que, es menester que, usando desta cautela, me saqueis de aquí; que determinado estoy de no quedar acá en ninguna manera.» El rey Amadis le dijo: «Señor, vuestro pensamiento es tan católico y tan honroso para el mundo, y tan provechoso á vuestra ánima, que no hay qué responder, sino que sin otra dilacion por obra sea puesto. Pues ahora vamos á la Reina.»

Entonces entraron en su cámara, y halláronla rezando, y el rey Amadis le dijo: «Oh, Señora, Gandalin os hizo saber la dolencia de vuestro nieto, y ahora ha enviado otro mensajero, con que ruegan al Rey mi señor y á mí que le veamos, porque con nuestra vista cree que su mal en gran parte será remediado. No os pese dello; que muy presto será la tornada, trayéndole con nosotros.» La Reina le dijo: «Amado hijo y señor, aunque el mal de mi nieto sienta yo como arrancarme el corazon de las carnes, conociendo ser estas dolencias naturales, algun consuelo tomo; pero ya me veo con tan grande alteracion y tristeza despues de la venida de Gandalin, que nunca mis ojos cesan de llorar; y si este mal tan encubierto, que tanto me affige, no descubre alguna manera de placer, muy poca es mi vida. Y en esto que me decís, el Rey mi señor es libre para hacer de sí su contentamiento; que aquel será el mío.» El Rey le dijo: «Dueña, alegráos; que presto serémos de vuelta con aquel que tanto amais.» Y despedidos della, tomando consigo al honrado viejo don Grumedan y su espada, se partieron para Londres, y entrando en el alcázar de noche, porque el Rey no quiso que ninguno le viese, allí estuvo hasta que todo fué aparejado; y partiendo donde la flota estaba, se fueron la vía de la insula Firme, y llegando al gran puerto, hallaron á aquel muy esforzado rey de Cerdeña en él con la gran flota del emperador de Roma y la suya, que muy gran placer les dió. ¿Qué os diré? Que dentro de ocho dias fueron juntos el rey Perion y Agrájes, y el rey de Sobradisa, y aquel valiente rey Cildadan, que sabiendo aquella tan grande nueva, aunque no fué requerido, él se fué con grande armada y muy buena gente. Asimismo vino don Galvánés y el rey don Bruneo y don Cuadragante, y en el camino encontraron con el rey de Suesa y con Grasandor, que traian grandes flotas.

Quando así se vieron juntos con tantas compañías, el esfuerzo suyo fué tan grande que á sus corazones vino, que aunque en contrario les viniese todo lo restante del mundo, no lo temerian. Y rogaban á Dios muy de corazon que les diese lugar de hallarse con aquellos in-